

En memoria de Karl Popper

ANTONIO DIÉGUEZ LUCENA

PARA muchas personas, incluidos un buen número de científicos, la ciencia es un modo de conocimiento que se atiene únicamente a hechos probados. Los hechos, una vez bien establecidos, hablan por sí solos; el científico debe, por tanto, observarlos atentamente e inferir de ellos teorías que los expliquen, las cuales quedarán a su vez verificadas si encuentran nuevos hechos que las apoyen. Paradójicamente, esta imagen de la ciencia, que no oculta su rechazo a cualquier contaminación filosófica, es ella misma una posición filosófica llamada 'positivismo'. Su influencia actual proviene de la versión que el Círculo de Viena y el empirismo lógico desarrollaron entre la década de los 30 y la de los 50.

Sin embargo, son también muchos los científicos que consideran inadecuado este modo de describir su actividad. Saben que no hay hechos desnudos si no hay una teoría previa que los localice y los interprete, y que, por tanto, los hechos están impregnados de teoría. Saben también que las teorías no vienen dictadas por los hechos, sino que elaborar una teoría es una labor sumamente creativa e imaginativa en la que los hechos son sólo una parte inicial de un cóctel que incluye también, además de otras teorías científicas previamente aceptadas, ideas filosóficas, preconcepciones culturales, convicciones sociales y políticas, y hasta creencias religiosas. Estiman, sin embargo, que esta mezcolanza, en lugar de perjudicar a la ciencia con indeseables «contaminaciones», es requisito imprescindible de su progreso. Y, finalmente, prefieren considerar sus teorías como hipótesis más o menos corroboradas pero siempre revisables en vez de como verdades definitivamente probadas. Este cambio notable en la imagen de la ciencia tiene como una de sus causas principales la obra del filósofo vienés Karl Popper, fallecido el 17 de septiembre de 1994 en Londres a la edad de 92 años.

Entre el gran público Popper es quizás más conocido por sus obras de carácter político que por su filosofía de la ciencia. No en vano está considerado como uno de los grandes teóricos del liberalismo en nuestro siglo. En ellas Popper hizo una crítica apasionada y muy efectiva —en detrimento del rigor histórico, todo hay que decirlo— de los totalitarismos de diverso signo, denunciando las debilidades de lo que él consideraba su origen teórico: las filosofías de Platón, Hegel y Marx. Puso un interés particular en desmontar una idea que, en su opinión, estaba en la base de todos los tota-

litarismos. Me refiero a la creencia en leyes inexorables del devenir histórico con las que puede preverse el rumbo que tomarán en el futuro los avatares humanos. Leyes que, en consecuencia, permitirían planificar, a modo de ingeniería social utópica, el destino de los pueblos. Popper hizo ver la imposibilidad de establecer tales regularidades históricas. Para ello se basó en la importancia que en cada momento histórico tiene el estado de los conocimientos (especialmente los científicos) en el desarrollo de los demás acontecimientos, y en la imposibilidad intrínseca de prever los conocimientos futuros.

En realidad, todo el pensamiento de Popper, incluida su filosofía política, que ha servido de inspiración tanto a liberales como a socialdemócratas, gira en torno al mismo eje: la omnipresente posibilidad de errar y la necesidad de la crítica constante para el progreso humano. En su filosofía de la ciencia esta idea cuaja en el famoso criterio para demarcar entre lo que es científico y lo que no lo es. Según Popper, lo que hace científica a una teoría no es que cuente con muchos hechos a su favor (uno siempre puede encontrar hechos para apoyar casi cualquier teoría), tampoco que su verdad haya sido establecida concluyentemente más allá de toda duda (pues ninguna teoría de cierta complejidad puede aspirar a ello). Lo que hace científica a la «Teoría de la relatividad» de Einstein frente a la astrología o al psicoanálisis freudiano es que la primera es refutable por la experiencia, mientras que las otras no lo son. Es decir, la «Teoría de la relatividad» hizo predicciones arriesgadas que se vieron confirmadas, pero de no haber sido así, ello habría significado un serio revés para la teoría y habría llevado a su abandono o a su modificación radical. Así pues, la propia teoría daba indicaciones para su crítica; mostraba bajo qué condiciones habría que

descartarla. En cambio, según Popper, la astrología o el psicoanálisis hacen a menudo predicciones incumplidas para las que encuentran siempre una explicación posterior que «salva» a la teoría, de modo que ésta se convierte en irrefutable de facto. Popper creía que este supuesto éxito para encajarlo todo, lejos de ser un mérito, es la señal más clara de su carácter pseudocientífico, ya que explicarlo todo equivale a no explicar nada. Mediante la crítica rigurosa de nuestras teorías podemos detectar los errores y eliminarlos. Esto no significa que alcancemos así alguna verdad definitiva, porque dada la falibilidad del conocimiento humano, toda teoría, incluso la mejor, permanece siempre como una conjetura; pero sí podemos afirmar que, al contar con teorías más potentes y menos erróneas, estamos cada vez más cerca de la

verdad. Como a Popper le gustaba decir, somos siempre buscadores de la verdad, pero nunca poseedores.

Popper trasladó esta exigencia de crítica constante del terreno de la ciencia al terreno de la política. En su opinión, no debemos preguntarnos en qué fuentes obtener un conocimiento infalible, puesto que no existen tales fuentes ideales que garanticen absolutamente la verdad. Más bien hemos de preguntarnos cuál es el mejor modo de detectar y eliminar los errores que cometemos, y la respuesta es: mediante la crítica de nuestras ideas. De la misma manera, no debemos preguntarnos quién debe gobernar, ya que cualquier respuesta que se dé a esta pregunta (los mejores, los más sabios, el pueblo, etc.) supone que existen gobernantes ideales y eso, además de ser falso, esconde una seria amenaza totalitaria. Dicha pregunta ha de ser sustituida por esta otra: «¿Cómo podemos organizar nuestras instituciones políticas de modo que los gobernantes malos e incompetentes no

puedan causar demasiado daño?», y la respuesta es el sistema democrático, porque es el único que permite deshacerse de los malos gobernantes sin derramamiento de sangre. La libertad para la crítica de todas las ideas y el ejercicio efectivo de dicha crítica, la dura competencia entre todas las alternativas posibles, constituyen, por tanto, no sólo el mejor procedimiento para asegurar el progreso en la ciencia, sino también el modo más racional y beneficioso de organizar la sociedad.

Contempladas desde la filosofía de la ciencia más reciente, las tesis de Popper no pueden ser mantenidas si no es con muchas matices. Por citar sólo un caso, su criterio de demarcación entre la ciencia y la pseudociencia, además de estar todavía alejado de la práctica real del científico, descuida el enorme papel que los factores sociales, políticos, psicológicos desempeñan no sólo en la invención de teorías, sino en su evaluación y aceptación por los científicos. Con los años, también sus escritos políticos fueron perdiendo agudeza crítica. Ciertamente él no tuvo la culpa de que Margaret Thatcher se declarara una de sus lectoras; ni fue ese pensador reaccionario que se dijo en ocasiones. Pero hay que reconocer que su defensa encendida de las libertades democráticas, formulada durante la época difícil de la segunda guerra mundial, sonaba desazonadoramente insuficiente en un tiempo como el nuestro, en el que las amenazas a la democracia, a la «sociedad abierta», como él la llamaba, provienen más de las desigualdades sociales extremas, del fanatismo religioso y del desarrollo tecnológico incontrolado que de los viejos totalitarismos.

En mi opinión, su logro filosófico más importante no está en la teoría política, sino en la epistemología. Fue mostrar, con más capacidad persuasiva que nadie antes que él, que el abandono de la pretensión de alcanzar una fundamentación última en el conocimiento humano no lleva necesariamente al relativismo; es decir, que el hecho de que carezcamos de certezas no significa que toda idea tenga el mismo valor. En cualquier caso, muy pocos pensadores en nuestro siglo han estimulado tanto a otros a pensar, ya sea con él o contra él, y desde luego, menos aún han ejercido una influencia que se extendiera tan lejos del corno de los iniciados.

Antonio Diéguez Lucena es profesor de Lógica y Filosofía de la Ciencia de la UMA

● *Popper trasladó la exigencia de crítica constante del terreno de la ciencia al terreno de la política*